

feliz bienaventuranza, que os des-  
seo en el nombre del Padre, y del  
Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

DIXE.

aportecen la paz como lo ha  
Rey proies. Si pretendes el per-  
don de vuestras culpas y la amia-  
dad de vuestro Dios, amad de todo  
corazon a todos vuestros proximos,  
que si no podéis atraerlos a vues-  
tra amistad por medio del sufi-  
ciento. Y de todo el bien por la  
injusticia que se ha hecho, conser-  
gades de este modo carbonas de fue-  
go sobre su cabeza, como el Pablo  
se explica.

Ruego al señor, cuyas palabras  
os he anunciado, se dignen grabar-  
la profundamente en vuestros cora-  
zones, á fin de que teniendo todos  
un solo corazon y un alma, como  
los fieles primitivos, unidos y con-  
tados en espíritu de caridad con to-  
dos vuestros hermanos en la caridad,  
se le conozca y ame, en esta  
vida, para gozarle en la eterna y



SERMON

PARA EL  
DOMINGO PRIMERO

DE CUARESMA,

sobre la divina palabra.

*Non in solo pane vivit homo, sed in  
omni verbo, quod procedit de ore  
Dei. Matth. IV.*

SEÑORES:

Debiendo anunciaros hoy la pa-  
labra de Dios, como único medio  
de conservar vuestra vida espiritual,  
con arreglo á la sentencia del evan-  
gelio que acabais de oír, ningun

exórdio juzgo mas apropósito que el que usó S. Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto: *os exhorto*, les dice, *no recibais en vano la gracia del Señor: ahora es el tiempo aceptable, y el dia de la salud.* Y adoptando yo en la hora este mismo language, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, grabeis en vuestro corazon aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccesible disipó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exáltando la gloria del Excelso. ¡Palabra inefable! comparada por S. Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. ¡Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los

enfermos, vida á los muertos. ¡Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Astarte, de Baal, de Dagon y de Moloch, elevando la cruz sobre la cabeza de los mas altos monarcas. ¡Palabra, en fin, adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra religion y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesidad que teneis todos de oír la palabra de Dios con aquel espíritu de veneracion, respeto y obediencia, que os haga dignos de recibir sus frutos? La materia, señores, no puede ser mas importante, ni mas análoga á vuestros verdaderos intereses.

Para tratarla pues con método, os haré ver en primer lugar: *vuestra obligacion de oír la divina palabra;* y en segundo: *el modo de oirla con fruto:* dos breves reflexiones, dignas de esta cátedra, y apropósito para vuestra enseñanza.

Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, rogándole se digne difundirlas sobre vuestros corazones y mis labios, á fin de que hoy se rentee su gloria en el templo de nuestras almas. Pidamos con espíritu de confianza y de compuncion esta gracia por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave María.*

*Non in solo pane vivit homo &c.*

Para quedar plenamente convencidos de la estrecha obligacion de

oír la divina palabra, basta un momento de reflexion sobre nuestra propia indigencia espiritual, y la virtud omnipotente de aquella para curar nuestras dolencias, y remediar nuestras necesidades. El hombre, señores, es un admirable compuesto de alma y cuerpo; dos substancias diferentes, que no pueden permanecer largo tiempo vivas sin el competente alimento. Asi para que por falta de él no falleciese esta obra singular de las manos de Dios, se dignó el Señor por un efecto de su inefable bondad proveer con abundancia y esplendidez á todo. Á la subsistencia del cuerpo destinó las aves del cielo, los peces del mar y de los ríos, las bestias y frutos de la tierra, ya industriales, ya espontáneos: todo lo cual no solo basta á remediar al hombre en su indigencia, sino tambien á promover su regalo y su delicia; y esto con tanta universalidad y constan-

cia, que desde el principio del mundo, asi como nace el sol sobre los buenos y los malos, asi tambien provee de alimento á toda la carne, segun la expresion del salmo.

Por lo que hace al alma, hecha á imágen y semejanza del Señor, quiso le sirviese de sustento su divina palabra, por medio de la cual instruidos en su ley santa, en su disciplina, en sus adorables misterios y sacramentos, pudiesemos, ayudados de su gracia, remediar en sus necesidades la vida del espíritu. Por manera, que asi como el hombre en cuanto terreno, no puede subsistir largo tiempo sin alimento corporal, y pecaria gravemente siendo homicida de sí mismo, si rehusase tomarlo, no sería menos reo de suicidio espiritual el que privase á su alma del alimento que le corresponde, segun los designios de Dios.

○ Hé aqui el sólido fundamento en que estriba la estrecha obligacion que

teneis de oir la palabra divina. Las necesidades de nuestra alma se multiplican, señores, cada dia, y solo la voz de Dios puede iluminar sus tinieblas, disipar su ignorancia y sus errores, desterrar su negligencia y su desidia, animar su fe, y confirmar su esperanza, encender en fin su caridad, y dirigir al hombre por las verdaderas sendas de la justificacion.

Esta obligacion pues no comprende solamente á las personas del vulgo, ni es privativa de las gentes ignorantes y timoratas; es extensiva á todos los mortales que desean salvarse, por mas elevados que se juzguen por nobleza, por grado, ó por talentos. Oid, os dice Dios, escuchad, poderosos del siglo, presuntuosos sabios, magestades subalternas, depositarios de la justicia del Señor sobre la tierra; oid la voz del Soberano de los reyes, de quien vuestro poder y autoridad dimanar;

oid su divina palabra: jamas, os dice, olvidéis los beneficios de vuestro Dios; amadle siempre con toda vuestra alma, con toda vuestra mente y potencias, y á vuestros hermanos como á vosotros mismos: convertíos á mí con todo vuestro corazón, y abandonad las sendas de la iniquidad. No hay mas que un Dios, una fe, un bautismo, una moral, cuyos preceptos comprehenden á todos sin excepcion alguna; ni se ha dado otro nombre á los mortales para ser salvos, que el de Jesucristo.

Á todos pues hablo en esta hora; á sabios é ignorantes, á plebeyos y poderosos, á súbditos y magistrados, á gentes de todas edades, sexos y condiciones: vosotros sois hijos de Dios por adopcion. ¿Ignorais por ventura que todo el que es hijo de Dios oye su voz, como se explica Jesucristo por S. Juan? Tened estas verdades, tenedlas siempre delante de vuestros ojos; en-

señadlas á vuestros hijos; grabadlas sobre las puertas de vuestras casas, como os lo manda Dios por un profeta.

¿Y á qué fin, me direis, tan exquisita diligencia para remedio de vuestras necesidades espirituales? Reconocedlas de buena fe. ¿Qué de tinieblas no obscurecen vuestro entendimiento! ¿qué de pasiones favoritas no dominan vuestro corazón! ¿qué de aversiones secretas no devoran vuestras entrañas! ¿qué de errores no teneis que disipar! ¿qué de verdades que aprender! ¿Quereis proveer á todo? Oid la palabra de Dios, que con su virtud omnipotente socorrerá vuestra indigencia.

Ella en efecto, si la oís debidamente, difundirá sus rayos sobre vuestra alma, dirigirá con seguridad vuestros pasos, os mostrará las virtudes, y os conducirá á la verdad. La palabra de Dios, dice un sabio, es como una antorcha divi-

na, que arroja de sí la luz mas viva; que descubre los mas secretos escollos; que penetra hasta los asi- los mas oscuros, en que los crí- menes se ocultan, y se reconcentran los vicios. La voz de Dios resonó con fuerza y magnificencia sobre las aguas, como se explica un profeta; y bien diferente de la del hombre, que solo puede aconsejar y excitar, ella produce lo que ordena, manda y obra juntamente, llena siempre de virtud y de eficacia. La palabra de Dios desenvuelve el caos de la na- da, y produce al universo: el cielo y la tierra son obra de su virtud omnipotente, criándolo todo para el hombre, y al hombre para Cristo.

La voz de Dios, dice David, hace temblar las naciones, y trastorna poderosamente los cedros elevados del Líbano, conmueve los desiertos de Cades, y postra á los fuertes y robustos de Moab. Poderoso eres, Señor, y nada hay que resista á vuestra voz.

La Grecia supersticiosa, la soberbia y altiva Roma, la Pérsia sensual, la India feroz, la Scitia bárbara, ¿no se reunieron baxo una misma fe al oír vuestra divina palabra, como se explica S. Gregorio? Sectas deificadas, sistemas filosóficos, Estóicos severos, Cínicos arrogantes, Epicúreos voluptuosos, ¿no doblasteis vuestra dura cerviz al yugo del Crucificado por la virtud irresistible de su divina palabra?

Ella en efecto es viva y eficaz por sí misma, como dice S. Pablo á los hebreos, y mas penetrante que una espada de dos filos; pero vosotros (Dios me manda os lo diga), vosotros la temeís, porque no que- reis dexar vuestras pasiones. Solo ella es capaz de iluminar vuestras tinieblas, y dirigir vuestros pasos á la bienaventuranza; pero vosotros rehusais abandonar las sendas de la iniquidad, que os conducen inevitablemente al precipicio. Ella

es la única que puede desterrar vuestra ignorancia, sujetar vuestra rebeldía, arreglar vuestros deberes, y mostraros los caminos que os conduzcan á seguro puerto; pero vosotros cerrais de propósito los oídos á sus ecos amorosos, á sus amonestaciones paternas, á sus mas terribles amenazas; y adoptando mas de una vez un language anticristiano, decís con los ímpios en el libro de la Sabiduría: "venid, y gocemos de los bienes..... llenémonos de vino y de unguentos, para no perder la flor del tiempo: coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya prado que no sea testigo de nuestra luxuria... dexemos por todas partes señales de nuestra alegría..... oprimamos al pobre justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano; sea en fin nuestra fortaleza la ley de la justicia." Los que así te desprecian, ¡ó palabra de mi Dios! bien podrán pasar sus dias

rodeados de bienes y regocijos; pero en su muerte *descenderán en un momento al infierno*, como el santo Job se explica.

¡Temblad pues, cristianos relajados, mortales sordos á la voz de Dios! Temed que el Señor os quite en su cólera á los ministros de su divina palabra, trasladándola á otras regiones, donde consiga mas fruto que entre vosotros. *Los dias se acercan*, dice el profeta Amós, *de enviar hambre á la tierra, no hambre de pan, y sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios..... de un mar á otro se conmoverán las gentes, desde el Aquilon hasta el Oriente circuirán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán*. Esta amenaza terrible, como se explica un sabio, ha tenido ya su cumplimiento en provincias y reinos enteros, que de jardines amenos de santidad, se han convertido en espantosas soledades por falta de obreros evangélicos.

Nosotros, hermanos míos, por la misericordia de Dios, habitamos en paz en esta tierra de Gesé, entre tanto que vemos al Egipto cubierto de tinieblas y de funestas plagas en castigo de su obstinacion. El cielo nos provee de abundante sustento con el maná de su divina palabra, en el tiempo mismo en que ni la lluvia ni el rocío descienden sobre los infelices montes de Gelboé, sepultados en las densas tinieblas del error y de la infidelidad.

¿Y de dónde, os ruego, una diferencia tan notable? ¿Por ventura del arreglo de nuestra vida, de la santidad de nuestras costumbres? ¡Ah!.... preguntadlo sin indulgencia á vuestro interior. Vuestra misericordia ¡ó mi Dios! y la adorable predileccion con que siempre habeis mirado á este reino, ha contenido hasta de presente vuestra ira. ¡Mas ay de ti, nueva Corozain! ¡ay de ti, Betsaida! os diré con Jesucristo; pues si en

Tiro y en Sidon se hubieran obrado los prodigios que has experimentado tú misma, ya habrían hecho penitencia cubiertos de ceniza y de cilicios. Pero vuestra suerte en el terrible juicio será (yo, señores, me estremezco), será mucho mas dura y mas funesta que la de estas ciudades réprobas; y tú, nueva Cafarnaum, exáltada hasta las nubes, serás sumergida hasta el abismo. Vos, Señor, lo mandais así decir á los ministros de vuestra palabra; añadiendo, que el que los oye, oye á vos mismo, y el que los desprecia, á vos mismo desprecia, y al Padre que os envió al mundo.

¿Y qué es lo que pretendo inferir de tan altos principios; ó á qué fin estas terribles amenazas, que Jesucristo nos anuncia en su evangelio, y por boca de sus profetas? A fin de que conozcais sin excusa la obligacion que teneis de oír y obedecer la voz de Dios para salvaros; porque



ella es el alimento espiritual de todo fiel cristiano, que á los párvulos sirve de leche para su aumento ; á los enfermos de medicina para curar sus dolencias , descubrir sus llagas mas ocultas, animar su espíritu, y fortalecer sus pasos por las sendas de la salud ; y á todos los viágeros y peregrinos por este valle de lágrimas sirve de pan substancial, que les da esfuerzo como á Elías, para seguir sus marchas, y huir de los peligrosos lazos que les tienden sus enemigos y perseguidores en el desierto de esta vida.

Para afirmarnos pues en la fe y práctica de estas verdades, nos dice Jesucristo en las palabras de mi tema, que: *el hombre no vive de solo el pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios; declarando bienaventurados á los que la oyen y observan.* Mas esto pertenece ya a la segunda reflexión; en que os prometí mostrar el modo de oír la palabra de Dios

para que sea fructuosa. Seguidme atentos.

II. De poco nos servirá vivir persuadidos á que la palabra de Dios es el alimento mas análogo á la indigencia espiritual del hombre, si no queremos aprovecharnos de su virtud y su eficacia para sostener la vida del alma. Por mas fecunda que sea en sí misma esta divina semilla, como Jesucristo la llama, nada producirá si cae sobre tierras áridas é ingratas, que la impidan crecer y multiplicarse ; sobre corazones duros é indóciles, que la critiquen, ó que no la observen. Para sacar pues fruto de la palabra de Dios, es necesario oírla con respeto, y obedecerla con fidelidad ; porque no son los oyentes de la voz del Señor los que han de justificarse, sino los que la observen, como nos enseña S. Pablo ; y el mismo Dios, queriéndonos dar una regla fixa de conservar la vida del alma, nos dice á todos en el libro de los pro-

verbios: *reciba tu corazon mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás.* No vincula pues al oido y á la memoria el fruto de la palabra, sino á la docilidad del corazon, y á la fiel execucion de los mandatos, que os intimamos en nombre de Jesucristo, como legados suyos, segun la expresion de S. Pablo á los corintios. El Salvador nos enseña, dice San Agustin, oigámosle, obedezcamos, y temamos. "Id, añade el Salvador á sus discípulos, predicad el evangelio á todas las criaturas, y si os conduxeren ante los reyes y príncipes, no temais, porque no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que está en los cielos es el que habla en vosotros: todo el que creyere con una viva fe, y fuere bautizado, será salvo; y todo el que debidamente no crea; es decir, el que no tenga fe, ó la tenga sin obras, será condenado."

Esta es, señores, la suma de nuestra moral, y el blanco á que se dirige la divina palabra; y hé aquí el origen de la veneracion y fidelidad con que debe ser recibida y executada. Ella en efecto no es menos digna que el cuerpo de Cristo, dice San Agustin, ó el autor de una homilía que se le atribuye, y por tanto, añade este padre, no es menos reo el que oye con negligencia la palabra de Dios, que el que por su descuido dexa caer en la tierra el cuerpo de Cristo: *non minus est verbum Dei, quam corpus Christi. Ideo non minus reus est, qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui corpus Christi in terram negligentia sua cadere permisit.*

Con arreglo á estos principios, no es difícil inferir la causa por qué siendo la palabra de Dios tan fecunda y eficaz por sí misma, produce de ordinario tan poco fruto en los oyentes. Entre estos por lo comun,

unos son curiosos, y otros indóctiles: los primeros faltan al respeto, y los segundos á la fidelidad. Asi unos y otros, ademas de no recibir fruto alguno, aumentan su iniquidad. La obligacion de mi ministerio, y el zelo que Dios me inspira, no me permiten dexar de hacer alguna reflexion sobre estas dos causas, que impiden el fruto de la divina palabra. Hijo del hombre, me dice Dios por su profeta Ezequiél, si cuando yo digo al impio, que morirá con muerte eterna, no se lo anuncias, para que abandone sus erradas sendas, él morirá en su iniquidad; mas yo requeriré su sangre de tus manos. No quiera pues el Señor que haga yo traicion á su palabra, porque ni temo la censura de los hombres, ni pretendo complacerles, como decia en otro tiempo S. Pablo.

Oid pues al profeta: *vivo yo, dice el Señor: no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su*

*errada senda, y viva.....la justicia del justo no lo librará en el dia en que pecare; ni la impiedad del pecador le dañará en el dia en que se convierta de su crimen.....Convertíos, convertíos á mí, y abandonad vuestros pésimos caminos.*

¿Y qué efecto, os ruego, causaron estas palabras entre el pueblo de Israel? El que producen de ordinario entre nuestros oyentes curiosos, y morosos críticos. Oid la disposicion de aquellos ánimos, manifestada por Dios al profeta, para que la cotejeis con la vuestra. Venid, decian, vamos á oír los discursos que nos hablan del Señor, y juzguemos por nosotros mismos de este nuevo predicador. Te hallarás rodeado de un concurso brillante y numeroso, que sentados en tu presencia, observarán un profundo silencio: oirán la voz, y no se aprovecharán de ella. Esta multitud curiosa corren á oír los sermones como

si fuesen á los espectáculos. Las gracias de tu estilo, la fuerza y energía de tus expresiones, lo persuasivo de tu elocuencia, será para algunos un agradable concierto de música, que lisonjea sus oídos por un momento; para otros un motivo de censura, si no abundan tus discursos de aquellas vivas imágenes y pinturas, que retraten con exactitud los crímenes de alguno de los circunstantes, para poder decir como Natán á David: tú eres el modelo de este retrato: *tu es ille vir*. Ellos en efecto buscan oradores, y no apóstoles, y por consiguiente no van en pos de la verdad, sino de los talentos. ¿Qué fruto sacarán de esta vana curiosidad?

¿Y qué diré de los críticos y censores de la palabra? ¿Con qué satisfacción no deciden del mérito de una pieza, como si fuese de teatro! ¿Con qué facilidad no aprueban el discurso de un predicador, y re-

prueban el de otro! Juzgar de todos, criticar á todos, censurar á muchos, sin convertirse al oír á ninguno, esto es ser oyentes ilustrados y á la moda. ¡Crímen funesto! ¡disposicion abominable! que dimana de venir á oír la palabra como si fuese del hombre, y no de Dios; ó como si fuera diversa segun la diversidad de los talentos. Aunque S. Pablo sea vehemente en sus expresiones, aunque S. Juan sea todo amor y dulzura, aunque hable Amós con tanta sencillez, Jeremías, Ezequiél y Daniél con tanta energía y elocuencia, ¿no son todos legados de Dios, y embaxadores que nos hablan en su nombre, y con el mismo espíritu?

Yo bien sé que entre los ministros de la palabra no faltan algunos que dicen mucho, y obran poco. Mas aun quando ellos no obren todo el bien que deberian, ¿dexa por esto de ser verdadera la voz de Dios que

os proponen? ¿El crimen de ellos disminuye ó autoriza el vuestro? Cuando Jesucristo habla de los escribas y fariseos, cuya conducta censura y reprueba, ¿no manda al pueblo que practiquen exáctamente todo lo que enseñan? *Omnia quæcumque dixerint vobis, servate, et facite.* La virtud, dignidad y eficacia, así de los sacramentos, como de la palabra divina, no depende, señores, de la mayor ó menor santidad de sus ministros, sino de Jesucristo, en cuyo nombre obran y hablan. ¿Sabéis por qué la Iglesia de Tesalónica fue colmada en un momento de tantas bendiciones? porque recogió tanto fruto de la predicacion de San Pablo. Oído decir al mismo Apóstol: *damos gracias á Dios continuamente, porque habiéndoos anunciado la palabra de Dios, la habeis recibido, no como palabra de los hombres, sino como verdadera palabra del Señor, que obra en vosotros los que*

*habeis creído.* Para recibir pues sus frutos, abandonando toda vana curiosidad, todo espíritu de crítica y de censura, no solo debemos oirla con veneracion y respeto, sino obedecerla con fidelidad.

Sin este requisito, señores, nada podemos adelantar en la carrera de la salud. Jesucristo nos lo enseña expresamente, cuando habla de su divina palabra baxo la parábola de la semilla. La que cae sobre piedras ó entre espinas no fructifica, porque aquellas no la permiten echar raíz, y éstas la sufocan. Imágen fiel de aquellos cristianos, que, ó por su obstinacion no la reciben, ó por su negligencia no la observan. El hombre incrédulo, el esclavo de la avaricia, de la ambicion, de la belleza, el supersticioso, el vengativo, vienen á nuestros templos, como preparados á resistir la divina palabra. Esta clase de mundanos de corazon cierran de propósito los ojos para

no ver la luz de la resplandeciente antorcha de la voz de Dios, que es la única que puede iluminar sus tinieblas, y disipar sus errores. Los preceptos del Excelso son duros para ellos. No pueden sufrir se les hable de la humildad, del desprecio de los bienes terrenos, de la negacion de sí mismos, de la renuncia del mundo réprobo, y de las obras de tinieblas, del perdon de la injuria, de la caridad fraterna, y de la mortificacion de la carne. Solo apetecen, como los impios del tiempo de Isaías, que se les lisonjee con palabras blandas, que se les divierta con especies que les causen placer: *loquimini nobis placentia*. Pueblo mio, os diré con este profeta: *el que os adula, el que os alaba, ese os engaña, y extravía vuestros pasos*. Si os obstináis en no querer obedecer estos preceptos, hé aquí la sentencia fulminada por Dios contra vosotros: *por cuanto os llamé,*

*y lo rehusásteis*, dice en los proverbios; *porque extendí mi mano, y no hubo quien atendiera; por haber despreciado mis consejos, y no hacer caso de mis amenazas; yo tambien en vuestra muerte me reiré, y haré burla de vosotros.... cuando os sobrevenga la calamidad repentina, y os asalte la tribulacion y la angustia. Entonces me invocarán, y no los oiré; se levantarán de mañana, y no me encontrarán, por haber mirado como odiosa mi disciplina, y no haber recibido el temor de Dios*. Tal será el fin de los que vienen á oír la divina palabra con designio premeditado de no aprovecharse de ella.

¿Y será mas copioso el fruto de los que conociendo su verdad, necesidad y eficacia, no la observan con fidelidad? ¡Ah, señores! ¿De qué sirvió al pueblo de Licaonia, dice un sabio, haber oido con atencion y respeto al Apóstol de las gentes, sin haber abrazado su doctrina,

sino de ser mas culpables á los ojos de Dios, por no haberse aprovechado de la palabra que se les anunció? ¿De qué sirvió á Felix haber formado, al oír á Pablo, el bello proyecto de abandonar el judaismo para someterse á la ley de Jesucristo, si por falta de fidelidad, renuncia de este propósito al punto que dexa de hablar el Apóstol? Temblad aqui vosotros, los que creéis haber adelantado mucho, cuando habeis sentido algun movimiento en vuestra conciencia al oír la voz de Dios, y que pensais no estar obligados á mas que á ciertos sentimientos de piedad. Aun cuando confirmeis la verdad de la palabra por la confesion de vuestra conciencia, ¿qué fruto sacaréis de este conocimiento? Estos oyentes, dice Santiago, son semejantes al que se mira á un espejo, examinando en él todas las facciones de su rostro. Éste apenas ha perdido de vista su retrato, quan-

do se olvida de todo lo que antes habia considerado y visto. Hé aqui una imágen fiel de lo que pasa de ordinario en los que al oír la divina palabra, conocen el mal estado en que se hallan, y retardan su conversion para lo sucesivo. Ellos gastan su vida en formar proyectos quiméricos, sin executar jamas con fidelidad lo que la voz de Dios les ordena; porque los esclavos de las pasiones apenas salen del templo, cuando por mas convencidos que esten de su espiritual indigencia, y del riesgo inminente de su perdicion eterna, se vuelven á engolfar en el mundo, olvidan las ideas de conversion que habian concebido á beneficio de la divina palabra, lisonjeándose de su salud, mientras Dios los reprteba.

Y si me preguntais: ¿en qué consiste oír la palabra del Señor con fidelidad? No dudo deciros, que quando observeis con exáctitud los pre-

ceptos que os íntima con aquel espíritu de religion, de amor y de caridad que prescribe para todas las obras, entonces podreis llamaros fieles executores de la divina palabra. Oidla pues con los sentimientos de Samuel, cuando decia: *habla, Señor, que tu siervo oye*: ó con los del Apóstol, cuando arrojado del caballo por la voz de Dios, exclama: *qué quereis, Señor, que haga*. Ni debeis contentaros con la veneracion y respeto que exíge su dignidad, excelencia y omnipotente eficacia para remedio de nuestra indigencia, sino que debeis executarla con la mayor fidelidad, para que produzca en vosotros los frutos de vida eterna. Y enlazando el fin con el principio, os ruego por las entrañas amorosas de Jesucristo, por su reino inmortal, no recibais en vano esta divina palabra, alimento espiritual de vuestra alma: grabadla en vuestro corazón, enseñadla á vuestros hijos,

apreciadla y obedecedla como á la voz de Dios, con docilidad, con sumision, con rendimiento; para que viviendo conformes á su divina ley, recibais en vuestra muerte las bendiciones del Señor, que vive y reina Padre, Hijo, y Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

